

Sirimarco en la Más Plena Tradición Leonardina

Por
CELINA HAYDÉE URALDE

EN horas de interminable ver y mirar cuadros y cuadros en su estudio —la obra de Sirimarco es copiosa— voy extrayendo conclusiones al influjo de su palabra que no cesa de ir historiando su color, sus figuras, sus paisajes y sus desnudos, amasados con verdadero deleite de artista.

Sirimarco es un pintor que se cuenta entre los más compenetrados de su labor de pintor. Pero lo que deseo es analizar cuanto pueda su obra y adentrarme en el significado de su pintura. Qué preocupa al artista y cómo es su voz dentro del concierto de la pintura vigente. Luego su artesanía.

Su pintura no pretende ser de avanzada. Su plomada marca siempre la recta de lo que se propone. Es medido.

Así, digo que Sirimarco sí es un pintor comprometido. Su compromiso es con su época, con su medio, al que trata de aprehender y fijar en la elocuencia de sus telas. Sus retratos están envueltos cada uno en auras que trascienden exactamente, y se trata de un limitado número de escritores que, en conjunto, forman y conforman la fuerza espiritual y testimonial de la cultura nacional casi hasta hoy. Son figuras elaboradas en base a planos y con la supresión de la perspectiva tradicional, emergiendo desde una severa geometrización y no del tipo abstracto. Superficies sólidamente concebidas, dinamizadas, fijadas con colores armonizados y contrapuestos, lográndolas vibrantes y felices. Es lo que prueba que Sirimarco se halla en la más plena

tradicón leonardina de la pintura donde los elementos vitales, vitalmente vitales, están encaramados en un tejido de tipo rigurosamente geometrizado y la parte carnal o pulposa de la existencia descansa sobre ese tarimado constructivista. De modo tal que la parte geométrica sirve de sostén, como ocurre, según los biólogos, en todas las vidas organizadas y perpetuadas. No podemos olvidar que la parte carnal es a su vez vehículo de lo otro, que es lo anímico. De esta manera en vez de perspectivas, Sirimareo, pinta volúmenes como si fueran esculturas... pero sin escultura, sino pintura. La buena y honrosa pintura de todos los tiempos y de todos los grandes maestros. De las avanzadas y las no avanzadas, del deber y del compromiso, del presente y el devenir constante: cuyos saltos se perdieron luego en la decantación y sólo quedaron los procesos, los progresos y el pensamiento. Un pintor inteligente y probo como Sirimareo no podía olvidar la lección leonardina y renacentista apropiada concienzudamente del elemento *color*. Este está movilizado a su vez como si cada trozo viviera por sí solo... con o sin la anuencia de los otros. Es muy importante, logísticamente, que cada trozo viva y perdure como si fuese solo y el total al mismo tiempo. Neorromántico y poético, los colores de Sirimareo cantan tan orquestadamente como estrofas de cantatas. Apasionadas estrofas de cantatas cuyos problemas se resuelven como parte y total. Y ahora, lo nuevo en su pintura —en el sentido de lo que demarca prosecusión— la psicología, es decir, la psicología del color o mejor expresado todavía, la psiquis del color. Si el color tiene su psiquis, de tal modo para armonizar los distintos colores en la retorta de la creación hace falta psiquis. Pero sabemos que la psiquis es en grado sumo escurridiza y huyente, frágil y evaporante. La psiquis se deja asir solamente por otra poderosa psiquis, y aquí está el problema. Cada uno de sus cuadros es psiquis distinta y diversa, por eso Sirimareo no tiene fórmulas al pintar. No tiene un *sello* para hacer cuadros. Cada tela suya es un planteo por sí y para sí. Y vemos con cuanta dignidad enfrenta y resuelve el artista el problema formulado en cada uno de sus cuadros. La sensación, la hora, el mi-



Emilio Angel Sirimarco
Retrato de Enrique Banchs, óleo

Sirimarco en la más Plena Tradición Leonardina

nuto, la semántica del color, el ensamble de los volúmenes, la concordancia rítmica, la diferenciación prototípica, la vaharada inherente... todo, cada proceso dentro de todo el proceso que arriba a lo complejo peculiar de una personalidad.

El paisaje está tratado cada uno, como los retratos, en su circunstancia, tiempo y espacio: en su elemento, en su particularidad. Ni la ciudad, ni la aldea, ni el campo, poseen en Sirimarco un común denominador. La distinción los marca y enmarca, los moldea e insufla.

Y ahora digo que el neorromanticismo de Sirimarco se transforma en una mera referencia y no en una definición. Su pintura es pues, una pintura que no posee marco a lo tradicional. La *calidez* que leemos en su tela es valor exaltativo, de tipo puramente poético. No hay pintura sin poesía, y la que hay no sirve, es anécdota simple, es parcialidad draconiana, es fragmento.

Su polieromía. Quiero señalar, también, en Sirimarco un hecho *saludable* en sus telas. Un color *fresco*, tan fresco como si fuera ventana al aire, retazos o recuadros *naturales* tomados y temados sobre la *realidad* misma o como si un trozo de la misma realidad hubiera sido trasladado e increpado a la tela.

Posee este artista un gran y vigoroso *mettier*, tan vigoroso que arrastra a lo fácil; pero no es fácil. La *psiquis* de Sirimarco lo elude. Es muy peligroso un gran *mettier*, para *evitarlo* y *anularlo* es menester oponerle una fuerte psiquis.

Sirimarco es también un pintor conceptivo. Cada cuadro, tela o espacio que llena es en función de una comunicación que trasmite a sus semejantes. Si las telas se pintan por pintar, si los espacios se llenan por llenar, ese arte no interesa. Igual sucedería si los escritores escribieran libros por escribir y no por llenar una función comunicativa, cultural, problemática, de impacto, de aclaración, recreación o conceptiva. El arte es humanidad o es una farsa. Al pintor también se le reclama hondura en la idea que trasunta. La pintura como la música, dos lenguajes de lo más universales son a condición

que sean de lo más humanas y de lo más locales. Por eso es que el arte es humanidad. Es un conducto o vía para hablar y sentirnos aunados los semejantes. Elevados del barro en el follaje y flor como el árbol, o como el vuelo, o el rumor.

Así es la idea lo que debe volcarse en arte, repitiéndola, creándola o recreándola. Repitiendo se educa, creando se evoluciona, se crece. Recreándose sedimenta. La única manera virtuosa de llegar a exaltar el meollo de los sentimientos de los seres, es merced a la idea, el pensamiento. Y los cuadros de Sirimarco piensan, sufren, platican, lloran, hablan. Así, es un gran mérito cuando los pintores logran comunicabilidad en la esfera que abarca su mensaje. Realizado ello se es artista: Sirimarco. Además sus telas trasiegan el colorido de una época, un tiempo que es verdadero y que aún se trasmite por sentir de generación en generación. Sirimarco en sus figuras es aún la bohemia positiva de la intelectualidad porteña dominante de principios de siglo y más. Sabe avanzar y plasmar y ahondar de continuo. Su pincel es fidedigno paralelo de su pensamiento.

El retrato en Sirimarco es con historia. No es un retrato porque sí. Por eso trabaja tan fervorosamente rumbo a la galería de los escritores argentinos. Y allí están quienes vivieron, viven y han dado y dan la estabilidad del pensamiento nacional. Detrás de ellos viene la otra generación cuyas cabezas jóvenes se apresta a pintar Sirimarco y, ¿quién sabe con qué armas las acometerá? Confiesa que las nuevas inquietudes en las letras del país lo arrebatan ya en iris sorprendentes, quemándole los nuevos colores y matices...

Que tan necesaria es la ceniza para subir al reino de los fuegos.

CELINA HAYDÉE URALDE. Nació en La Plata. Poeta, ensayista y crítica de arte. Ejerce el periodismo. Creó la poesía *fonética*, modalidad que apareció por primera vez en el país con su libro *Versos de Pe a pa*. Publicó también: *Atlas de piedras*, *La luna y ningún*, etc.